

Mientras Nikita arreglaba mi lecho, de nuevo emprendimos nosotros el paseo á lo largo de la batería, enmedio de la oscuridad.

Ciertamente que la cabeza de Guskov no debía ser muy firme, pues con sólo haber bebido dos vasitos de aguardiente y dos de vino empezaba ya á tambalearse. Cuando nos alejamos de la luz observé que, tratando de que no le viera, deslizó disimuladamente en el bolsillo del pantalón los billetes que había conservado en la mano durante la última parte de nuestra conversación. Y continuó todavía hablando, diciéndome que creía posible poder rehabilitarse aun si tenía á su lado un hombre como yo, que sentía conmiseración por sus desgracias.



## VIII

Nos dirigíamos ya hacia la tienda para irnos á dormir, cuando de pronto una bala pasó silbando por encima de nuestras cabezas, cayendo no muy lejos de donde estábamos. Era una cosa tan insólita, tan extravagante, enmedio de ese campamento que tranquilamente dormía, enmedio de nuestra conversación apacible, ver llegar, Dios sabe de dónde, y caer junto á nosotros esa bala insólita, que largo tiempo permanecí sin saber darme cuenta de la cosa. El soldado Andrev, que estaba de centinela en la batería, se me acercó diciendo:

—Han visto nuestros fuegos!

—Es preciso despertar al capitán,—dije, y al propio tiempo miré á Guskov.

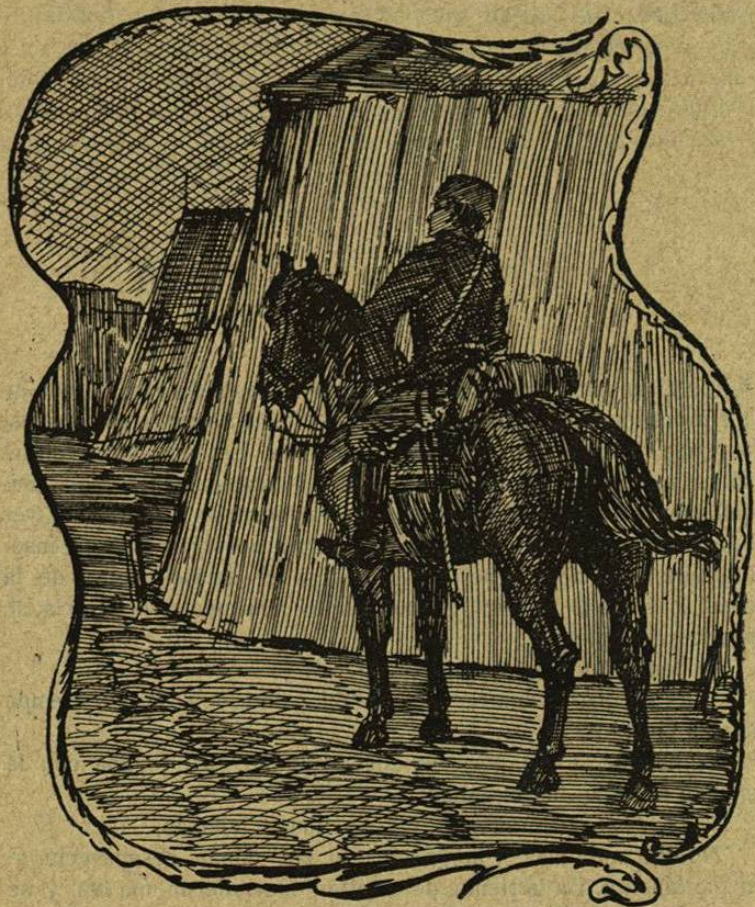
Se hallaba de pie, pero tan encorvado que casi tocaba con la cabeza el suelo, murmurando:

—Es... es... el... enem... Es... es muy... chocan... te...

No dijo nada más, y no sé cómo ni por dónde desapareció inmediatamente. En la tienda del capitán encendieron una luz, y se escuchó enseguida su tos habitual, que le daba siempre al levantarse; poco tardó en salir de la tienda, pidiendo lumbre para su pipa.

—Qué pasa hoy, padrecito, que no queréis dejarme dormir?—dijo sonriendo.—Tan pronto sois vos con vuestro degradado Guskov, tan pronto esos malditos montañeses. Qué hacemos, ahora? Contestaremos á su fuego, ó no? En la orden del día no había nada que se refiriese á eso...

—Nada, en efecto... Pero, vedlo, tiran con sus dos cañones. Efectivamente, allá lejos, enmedio de la oscuridad, se inflamaron á la vez dos fuegos, brillando como si fueran dos ojos, y enseguida volaron por encima de nuestras cabezas dos nuevos proyec-



tiles, produciendo su característico silbido. Algunos soldados fueron saliendo de las tiendas vecinas, y por todos lados se oían toses, grandes estornudos y conversaciones á media voz.

—Oíd, va silbando lo mismo que un ruiseñor,—hacía observar un artillero.

—Llamad á Nikita,—dijo el capitán con su sonrisa acostumbrada.—Nikita, no te escondas, hijo, ven aquí á escuchar el ruiseñor de las montañas.

—Cómo, Nobleza, aquí estoy!—dijo Nikita que, en efecto, estaba junto al capitán, de pie y sereno.—Yo los conozco ya á esos ruiseñores, y no me dan miedo ninguno... No puede decir lo mismo, sin duda, el huésped que esta noche se ha bebido vuestro vino, pues apenas ha oído el primer canto se ha largado muy finamente... Se arrastraba por el suelo como una pelota y se ha metido en un rincón arrollado como un animalucho...

—Será preciso llamar al jefe de la división,—dijo el capitán dirigiéndose á mí con aire de autoridad.—Es preciso preguntarle si hemos de tirar, si hemos de responder á su fuego ó no... Hacedme el favor de ir vos mismo... Ensillad el caballo, siempre iréis más aprisa... tomad, si queréis, el mío...

Cinco minutos después estaba ya montado y salía á escape hacia la tienda del jefe de artillería.

—No olvidéis la palabra dei santo y seña: *Timón*,—murmuró el capitán á mi oído, puntual en todas sus cosas,—de otro modo no podríais pasar la línea.

Estaba lejos como una media versta el alojamiento del jefe de artillería, y todo el camino se deslizaba por enmedio de las tiendas.

Así que me alejé un poquito se me hizo oscuro de tal modo que no veía ni las orejas de mi caballo, solamente distinguía el resplandor de las hogueras, que tan pronto me parecía que las tenía cerca como las veía lejos. Iba avanzando gracias á que le dejé las riendas sueltas al caballo, y empecé á distinguir las blancas tiendas cuadrangulares, y poco después la ancha raya negra de la carretera. Al cabo de media hora, después de haber preguntado tres veces por el camino, de engancharme dos veces en los palos de las tiendas, lo que me valía no pocas invectivas, y de haberme dado dos veces el «alto» los centinelas, llegué junto al jefe de artillería. En el trayecto oí todavía dos cañonazos tirados contra nuestro campo, pero las granadas no llegaban á donde estaba el Estado Mayor. El jefe de artillería dió orden de no responder á los disparos del enemigo, y sobre todo, habiendo éste parado el fuego; volví á pie por enmedio de las tiendas, teniendo el caballo por la brida. Diferentes veces me detuve delante de las tiendas aun alumbradas de los soldados, y oí ya la narración de un cuento hecha por un «hablador», ya la lectura de algún libro por un «letrado» al que escuchaba toda la sección reunida en la tienda, interrumpiéndole

de vez en cuando con alguna observación, ó ya simplemente relatos sobre las expediciones, sobre el país natal, sobre los jefes.

Pasando junto á una de las tiendas del tercer batallón, oí la voz de Guskov que hablaba muy alegremente y sin denotar inquietud. Algunas voces, alegres también, pero que no eran de soldados, le contestaban. Evidentemente aquélla era una tienda de junkers ó de sargentos mayores; entonces me detuve.

—Le conozco desde hace mucho tiempo,—decía Guskov.— Cuando yo habitaba en San Petersburgo, muy amenudo venía á mi casa y yo iba á la suya. Frecuentábamos entonces la alta sociedad.

—De quién hablas?—preguntó una voz muy avinada.

—Del príncipe,—dijo Guskov.—Somos parientes y además antiguos amigos. Ya sabéis que vale mucho tal amistad. Es riquísimo, para él cien rublos son una bagatela. Le he pedido un poco de dinero, mientras me lo manda mi hermana.

—Bueno, pues, manda á buscar...

—Enseguida. Savelitch!—dijo Guskov avanzando hacia la entrada de la tienda.—Aquí tienes diez rublos, ve á la cantina y que te den dos botellas de vino y... qué más, señores? Decid vosotros...

Y Guskov, balanceándose, los cabellos en desorden, sin gorro, salió de la tienda. Apartando la punta de su capote, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón gris, paróse en el umbral. Aunque yo estaba en la sombra y él en la luz, temí que pudiera verme y, tratando de no hacer ruido, me alejé.

—Quién va?—gritó con voz avinada Guskov.

Sin duda el frío le hacía subir el vino á la cabeza.

—Quién demonio anda á caballo por ahí.

Yo no contesté y en silencio seguí mi camino.

## Tres muertos

1859